

JORGE CAMPOS

BOMBAS, ASTROS Y OTRAS LEJANIAS



Universidad Popular
San Sebastián de los Reyes
1992

Indice

Pablo Beltrán de Heredia: <i>Semblanza biográfica de Jorge Campos</i>	11
---	----

I

BOMBAS

La bomba del pequeño país	55
Salvación inútil	59
Todo el poder en una mano	63
La escalada	69
El quinto fuego. Versión 1840	75
El sueño del humanista Smith	81

II

ASTROS

La otra luna	87
El primer astronauta	93
Los extraños visitantes de más allá del cielo	99

Un astro muerto	107
Platillos volantes	113
Comunicación	119

III

OTRAS LEJANIAS

Cobalto	129
El robot perfecto	133
Operación poesía	137
La nube	143
El Mesías	147
Por un segundo	153
Descontaminación	157
Anti-Yo	161
Los signos de la tarde	165
El mundo borrado	169
Mal de ojo	173
El Ser, el Dios, el Todo	177
Futuro	179
El equilibrio	183
El camino	189
 José Hierro: <i>Don Jorge</i>	 195

Semblanza biográfica de Jorge Campos

Uno de los fenómenos que se advierten, de manera más reiterada, en el desquiciado mundo que nos ha tocado vivir, es el insaciable afán destructor de prestigios y figuras que, en días no lejanos, fueron señeros entre nosotros.

Reconozco que, en gran parte, ello pueda deberse al persistente fenómeno del *corte o ruptura generacional*. Toda nueva promoción humana parece adentrarse en la vida con el deseo irreprimible de rechazar los cánones impuestos por quienes les hayan precedido en el tiempo. Como consecuencia de ello, nunca han dejado los jóvenes de repudiar las huellas y las enseñanzas de sus más inmediatos predecesores. Y así poder reafirmar su propia personalidad, sin sujetarse a patrones o esquemas previos, ni mostrar siquiera respeto hacia los maestros que pudieran todavía aleccionarlos.

De ahí que, para evitar enojosas confrontaciones, se hayan visto obligados siempre a destruir, previamente, cualquier posible esquema de ejemplaridad modélica. Ciertamente es que sin dejar de producirse, por lo menos hasta hace poco, una involuntaria corriente de transmisión de valores, casi imperceptibles, entre los representantes más cualificados de las generaciones enfrentadas.

Nada tiene que ver todo esto, en un sentido profundo, con la aparición de esa especie de *purgatorio* por el que siempre han pasado incluso figuras indiscutibles del saber humano, a partir del momento mismo de su muerte. Quienes lograran después resurgir, tras un momentáneo eclipse, resultarían vencedores en la prueba, consolidándose definitivamente, casi con los caracteres de la indestructible supervivencia.

El fenómeno muestra hoy rasgos muy distintos, sobre todo en lo que tiene de quiebra fundamental e insalvable. Si consideramos la desaparición casi absoluta, en lo que a resonancia popular se refiere, de los más preclaros ingenios de nuestro tiempo, cabría plantearse la pregunta de si aún sería posible que recuperasen la influencia y el prestigio perdidos, un Eugenio d'Ors, un Marañón y hasta un Ortega y Gasset.

Enfocado así el problema, no creo que pueda sorprender el olvido en que hoy se encuentra la personalidad literaria de Jorge Campos. Nadie negará, desde luego, que ha sido uno de los más grandes narradores de la posguerra española. Pero también lo fue, en su tiempo, Rafael Leyda, y nadie se acuerda de él, desde hace mucho.

Bien es verdad que, en las dos situaciones, hay que considerar el factor determinante de que el cuento ha sido y continúa siendo estimado, por muchos, como un género menor. Pero en el caso concreto de Jorge Campos concurre, además, otra decisiva circunstancia, de carácter personal. Fue un hombre tímido y retraído, que rehuyó siempre el foco de los reflectores que ayudan a potenciar la imagen. Pasó por la vida en silencio, sin apenas dejarse ver, con un marcado gesto de indiferente encogimiento de hombros y una leve sonrisa de irónico desdén.

Yo mismo, que le traté bastante a lo largo de muchos años, difícilmente hubiera logrado evocar ahora su figura, con el apoyo

de algunas referencias concretas, de no haber podido recurrir al inapreciable testimonio de la mujer que compartió con él la vida. Y sólo después de haberme adentrado de este modo en la suya, he percibido, con toda claridad, algo que muchos ignoran: la carga autobiográfica de sus cuentos. Bien pudiera afirmarse que el personaje principal que transita por todos ellos no es otro que el propio autor, quien se escabulle o reaparece a lo largo de la trama de las fabulaciones, para ir poniendo en el relato un incisivo acento irónico, transido, al mismo tiempo, de ternura. ¿Cuál puede ser el fundamento real de esa ironía?

Jorge Campos nació, en Madrid, el año 1916. Era hijo de Julián Renales Sotoca, natural del pueblo de Esplegares, en la provincia de Guadalajara, y de Rafaela Fernández Alvarez, nacida en Oviedo. Es posible que en él se produjera el fenómeno, tan frecuente, del predominio que en los grandes hombres suele tener el resorte de la raíz materna. Sin que ello se contraponga, por supuesto, a la complementaria vinculación afectiva —en ocasiones, muy honda y duradera— con el padre.

De la herencia asturiana materna pudo derivarse, pues, la sutil ironía que caracterizaba, personalmente, a Jorge Campos, aparte de transparentarse, como he dicho, en sus narraciones. ¿Llegó a influirle, también, el matiz —muy decisivo— de ser hijo único, puesto que los dos hermanos gemelos que tuvo, menores que él, murieron al nacer?

Por la relativa proximidad a la casa en que vivían sus padres —en el número 81 de la calle de Ayala—, Jorge cursó los estudios de primera enseñanza en el colegio de los escolapios de la calle de Porlier —del general Díaz Porlier, según la erudita precisión del alcalde Enrique Tierno—, en el mismo edificio que habría de cobijar y dar nombre, más tarde, a una famosa cárcel política de Madrid. Cuando aún no se había ampliado el colegio, le oí a Jorge evocar algunos recuerdos de su infancia, a la vista

del gran patio de juegos, que aún se abría hacia la calle del Conde de Peñalver.

El bachillerato lo estudió en el Instituto del Cardenal Cisneros, junto a la que era entonces, todavía, Universidad Central. Fue compañero riguroso de clase de Julián Marías. Mantuvieron siempre una buena amistad, nunca interrumpida, aunque los avatares de la vida no les permitiesen mantener una relación continuada. Se trataron bastante durante los años de la guerra, en Madrid, y posteriormente, sobre todo, en uno de los seminarios de trabajo reunidos por el Banco Urquijo en la llamada casa de las Siete Chimeneas, que hoy ocupa el Ministerio de Cultura.

Coincidió allí también con ellos, a finales de la década de los años sesenta, durante un curso completo, bajo la amistosa y diestra dirección de Enrique Lafuente Ferrari, Melchor Fernández Almagro y del propio Marías. Como fruto del trabajo en aquel seminario, la Sociedad de Estudios y Publicaciones le editó a Campos un libro, en 1969, titulado *Teatro y Sociedad en España (1780-1820)*.

Finalizados los estudios de bachillerato, Jorge inició la carrera del Magisterio, siguiendo un nuevo plan de estudios del Gobierno de la República. Las clases se daban en el edificio de la calle de San Bernardo que luego ocuparía el Instituto Lope de Vega, contiguo al Museo Pedagógico. Era la Escuela Normal para muchachos, paralela en sus aventajados métodos docentes a la de las chicas, que en el antiguo edificio del Colegio Nacional de Sordomudos, al final del paseo de la Castellana, dirigía la mujer de Besteiro, doña Dolores Cebrián.

En aquel mismo centro de enseñanza recibió también Jorge una influencia que habría de ser, aunque soterrada, fundamental en su vida. Algunos de los profesores que allí tuvo se hallaban, personalmente, vinculados a la Institución Libre de Enseñanza, cuyo espíritu se respiraba en las aulas. Dentro de esa línea, fue-

ron decisivas en su formación Emilia Elías y Juana Ontañón. Entre los condiscípulos, mantuvo especial amistad con Juan José Arnedo, antiguo suegro del ex ministro Miguel Boyer.

Terminados los estudios de Magisterio, en el año 1935, Jorge fue nombrado profesor titular en el Grupo Escolar García Quejido, situado en el barrio madrileño de la Guindalera. También tuvo allí singular relevancia la especialidad que le fue asignada. Se encontraba al frente de un grupo de alumnos superdotados.

Con el estallido de la guerra civil, en 1936, la vida de Jorge Campos quedará truncada, como la de tantos otros españoles, para proseguir luego por senderos insospechados. No puede decirse que hubiera estado nunca desentendido de los problemas sociales y políticos del país. Por otra parte, era evidente su adscripción ideológica a lo que por entonces se denominaba, genéricamente, la izquierda.

Trabajaba, además, con asiduidad en la FUE —Federación Universitaria Escolar—, o más concretamente, y con mayor precisión, en la Unión Federal de Estudiantes Hispanos (UFEH). Por cierto que, en alguna ocasión, le oí contar que una mañana de comienzos de la primavera de 1936, encontrándose en el despacho que tenía en aquella entidad, se enteró, casualmente, de la destitución de García Lorca como director del grupo de teatro *La Barraca* —relacionada, administrativamente, con la UFEH—, por no fiarse demasiado de sus relaciones políticas. Hizo allí amistad perdurable con Félix Luengo, Pablo Uranga, Manuel Tuñón de Lara y Miguel Alonso, que aún no se había visto obligado a adoptar el seudónimo de Ramón de Garciasol.

Al comienzo de la guerra, Jorge continuó vinculado, durante algún tiempo, a los problemas de la enseñanza. El Ministerio de Instrucción Pública le encomendó, por de pronto, la organización de guarderías y colonias infantiles para hijos de milicianos, como trabajo previo para poder sacar de Madrid a los niños. Colabora-